

PARIS, LONDRES Y MADRID. (1)

LV.

Es prodigioso el número de calvos que hay en Madrid. Cuando uno contempla á vista de pájaro desde un palco la ondulante superficie de tantas cabezas juntas, alineadas en las butacas como alfileres en un acerico, no descubre mas que calvas. ¡Y qué calvas! Unas parecen calaveras, otras calabazas; estas parecen platos: las hay que recuerdan otras cosas. Desde las calvas mas venerables hasta las mas innobles; desde las que semejan una plaza de toros despues del despejo hasta las que pueden compararse á un soto medio desmontado, hay alli para todos los gustos,—sin contar la muchedumbre de masas de cabello que por su visible falta de jugo natural, su sospechosa exuberancia y otros indicios funestos, revelan evidentemente que son..... pelucas!....

Pero señor ¿qué es esto? ¿qué se ha hecho, por dónde anda el pelo? ¿Habrà emigrado á otros climas? Aqui nadie lo tiene; yo mismo que algun dia rivalicé con Espronceda y Zorrilla, si no en genio poético, á lo menos en

«Su flotante cabellera
»Esparcida por el viento,
.....
»De su gloria venidera
»Simbólico monumento,»

advierto cada dia con terror nuevas *entradas* en lo que aun me queda de lo que fué mi cabellera, y ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! pronto acabaré por ser calvo, como todos.....

No al exceso del trabajo y de los placeres, no á las penas del corazon, sino á las agitaciones continuas de estos revueltos tiempos que alcanzamos, entiendo yo que deben atribuirse tantas calvicies precoces como reverberan en Madrid la luz del sol á medio dia y la del gas en los teatros y en los escaños de las Cortes. Que no es el exceso del trabajo parece demostrado con la existencia de tantos cafés, siempre llenos de una muchedumbre ociosa, y por el incalculable tiempo que se pierde en esa Puerta del Sol, en el Prado, en el Casino, en todas partes: ya se sabe que *matar el tiempo* es una de nuestras ocupaciones favoritas. Hombres conozco yo en Madrid, y muy ilustrados por cierto, que no acertarian á irse á la cama si antes no hubiesen pasado tres, ó cuatro ó cinco de las altas horas de la noche—(de esas lentas y apacibles horas *negras*, tan propicias para el sueño ó para los profundos trabajos mentales)—dando cabezadas ó diciendo simplezas en un corro de amigos, alrededor de la mesa de un café. ¡Qué lástima de tiempo perdido! ¡qué capital tan mal disipado! Sin recurrir á estos ejemplos extremos, aunque hartos comunes, bien puede decirse que Madrid es uno de los pueblos en que las gentes se acuestan mas tarde y en que por consi-

guiente se levantan menos temprano y *trabajan menos*, que es otra consecuencia igualmente indeclinable. Salvas muy raras excepciones, *el que no madruga no trabaja*. Para mí este es un axioma mas verdadero que el otro de que *el que no trabaja, no come*; pues veo á infinitos zánganos comer sin trabajar y no conozco una sola persona laboriosa que no madrugue, si su salud se lo permite ó circunstancias forzadas no se lo impiden. Tan malo me parece acostarse muy tarde como levantarse *idem*; no hay orden posible en las casas, chicas ó grandes, con semejante método de vida: hasta la salud debe resentirse de esa absurda inversion de las horas que la pródiga naturaleza parece haber destinado alternativamente al sueño y á la vigilia. Dormir de dia, velar de noche es rebelarse contra la voluntad de Dios, lo cual nunca hace el hombre impunemente. Todo empieza tarde en Madrid: nuestras funciones teatrales son las que empiezan y concluyen mas tarde en toda Europa; nuestros bailes y saraos principian á la hora á que deberian acabar, y esto no solo en Madrid, sino tambien en los pueblos de provincia, señaladamente en las capitales, donde es muy comun exagerar las ridiculeces de la corte. Nuestros abuelos comian á las doce, que me parece la hora mas racional, por cuanto supone que se ha almorzado á las siete ó á las ocho: nuestros padres, ya algo extraviados, comian de dos á tres de la tarde; nosotros, completamente fuera de quicio, comemos de noche, cuando no *al dia siguiente*, como solia decir muy enfadado don Juan Nicasio Gallego:—«¿Supongo que vd. no será de los que comen *mañana*?» preguntaba frunciendo el ceño cada vez que alguno le convidaba á comer.

LVI.

Se han atribuido á don Juan Nicasio Gallego tantas cosas—(este ilustre poeta era de los que entre nosotros alcanzan la fortuna de *tener cosas*, y de quienes se dice con paternal benevolencia *cosas de fulano*)—que no estará de más asegurar que el dicho que aqui le atribuyo es auténtico: se lo he oido muchas veces. No así una infinidad de ellos, la mayor parte insulsos, chocarreros ó cosa peor, que se le atribuyen generalmente, y que juzgo incompatibles con el privilegiado talento y sólida cuanto ilustrada piedad que tanto le distinguian. De la propia manera se atribuyen á Quevedo una infinidad de necedades que de seguro no se le ocurrieron jamás á aquel portentoso ingenio. Lo que indudablemente habia en el autor de la *Elegia al Dos de Mayo* era un gran fondo de originalidad en las ideas junto con una vigorosa aversión á todas las extravagancias, aversión que á veces tomaba en su lenguaje, siempre animado y pintoresco, las formas de una intolerancia regañona. En él se veian mezclados y como fundidos en uno solo los dos excelentes caracteres del don Antonio y el don Pedro del Café de Moratin: era á la vez zumbon y agudo como el primero, áspero y mordaz como el segundo: bueno como los dos. A un jóven poeta que acababa de leerle unos versos muy oscuros, preguntó con mucha seriedad:—¿Qué ha querido vd. decir ahí?

—Tal cosa, respondió el poeta.

—¿Pues por qué no lo ha dicho vd.? exclamó entre cólerico y risueño.

La leccion era excelente, pero dada bajo una forma

AÑO XVIII. 36.

(1) Véanse los números desde enero hasta diciembre del año próximo pasado, págs. 20, 41, 51, 86, 111, 128, 164, 187, 213, 232, 234, y 252, y de este año las págs. 144, 160 y 194.

SEGUNDA SERIE.—1860.

demasiado dura. No podía aguantar que se ponderasen más de lo justo los adelantos modernos, sobre todo si venían de fuera. Cierta elegante, algo fátuo, le enumeraba una vez con cansada prolijidad la multitud de cosas raras que contenía un *nécessaire* de su pertenencia, recién traído de París, á saber,—un telescopio, una caja de pinturas, un paraguas de estoque, un par de espolines, varios medicamentos etc., etc., etc. Don Juan Nicasio, muy amostazado, le interrumpió diciéndole:—Yo he visto otro *nécessaire* que contenía todo eso que vd. dice, y además *capellan y agua de pié!*

Suyo es también el dicho célebre de que los gobiernos representativos son excelentes, una vez pasados los *primeros quinientos años*; lo cual podrá ser un chiste, pero no me parece justo.

A un sujeto que se decía tocayo suyo, porque se llamaba *Gállego*, le dijo:—Usted no es tocayo mío; cuando más será vd. *mi tocayo*. Advertiré de paso que don Juan Nicasio detestaba, como toda persona de buen gusto, esa extravagante cuanto general manía moderna de hacer esdrújulas una porción de voces que nunca lo han sido en castellano. Ya hablaré de esto en otra ocasión.

Para encarecer la mucha edad de un hombre, que se la echaba de joven, me dijo un día: ¡Si es mas viejo que *nadie!*....

Tales eran los dichos habituales de aquel hombre excelente, escritor elegante y de los mas correctos, poeta de primer orden, aunque por desgracia poco fecundo, crítico segurísimo y amigo á toda prueba. No quisiera yo que otros dichos de muy distinta índole se acreditasen como suyos en la opinion del vulgo para empañar su memoria, justamente respetada y querida por cuantos le conocimos bien....

LVII.

Si me dejase llevar del placer de ir evocando aquí antiguos y recientes recuerdos literarios, Dios sabe adonde llegarían estos apuntes. Solo esos recuerdos me darían materia abundante para escribir un libro, el cual no renuncio á publicar algun día, pues por lo que hace á escribirle, escrito le tengo ya en su mayor parte y se me figura (será ilusión mía?) que ha de ser lectura entretenida para los presentes y útil para los venideros. En nuestra literatura escasean las *memorias contemporáneas*, que cuando se escriben con verdad y sin pasión, como procuro yo escribir sobre las cosas de mi tiempo, son arsenales preciosos de datos para la historia. Renuncio, pues, por el momento á continuar en ese terreno; mas ya que en él he puesto el pie, no quiero dejarle sin consignar aquí todavía otro recuerdo literario, gratísimo para mí y que lo será también para muchos de los que lean estas páginas. Será además para todos un justo motivo de orgullo nacional; y un hermoso ejemplo que seguir, un noble modelo que imitar para los que cultivan las letras.—Cuando llegó á Madrid la triste noticia de la muerte de don Alberto Lista, ocurrida en Sevilla el 5 de octubre de 1848, dediqué á aquel hombre eminente, en un diario oficial de que á la sazón era yo director, un artículo reproducido entonces en casi todos los periódicos de España y hoy completamente olvidado, como es natural; artículo del que voy á copiar aquí algunos párrafos, nueva especie de plagio,—copiarme á mí mismo,

—que disculpa en esta ocasión el deseo de presentar á mis lectores aquel *hermoso ejemplo, aquel noble modelo* de que hablaba antes, no el vano afán de recordar un escrito que nada vale en sí, pero que dictado por el corazón, traza con exactitud y calor los principales rasgos de una de las mas simpáticas figuras que ofrece nuestra moderna historia literaria. Creo que en estas líneas reconocerán la verdadera fisonomía moral de Lista los que le conocieron, como yo, en toda la fuerza de su edad viril; y que con ellas también, satisfarán su natural curiosidad los que no han alcanzado esta dicha,—ó esta desgracia, que desgracia es, á fé, verse ya definitivamente fuera de ese eden que se llama *la juventud*....

LVIII.

«Trece años de edad contaba don Alberto Lista cuando abrazó públicamente la honrosa carrera del magisterio, fenómeno de aplicación y precocidad único en los anales del entendimiento humano. El don de la enseñanza era, puede decirse, ingénito en Lista: como había nacido poeta, había nacido maestro; naturaleza eminentemente expansiva y amorosa, nunca era mas feliz que cuando, en medio de su cátedra, veía en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes, pues su conversacion, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofía, ó de historia, ó de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que había algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sábio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres, de la inteligente y fiel falange de sus discípulos mas queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducía entre nosotros el magestuoso espectáculo de los pórticos de Atenas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndonos, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creación: otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginación de veinte años, y á la par que nos instruía en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadiré que le gustaba alternarlas con festivos episodios. En tales ocasiones, desaparecía el maestro y quedaba solo el compañero, el hermano; pero revestido siempre de la autoridad de un padre. Desde las primeras lecciones nos tuteaba á todos: no parecía sino que, en su mente, el ejercicio de la enseñanza debía establecer por necesidad entre el maestro y sus alumnos una especie de parentesco intelectual, al que él por su parte nunca fué infiel: y en este sentido solía decir donosamente á uno de sus mejores discípulos de matemáticas, don Alejandro Bengoechea, hoy catedrático de esta asignatura en la universidad de Madrid:—Tus discípulos son *mis nietos*. Su memoria era prodigiosa: muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar

en la conversacion algun pasaje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto. Era particularmente apasionado de Virgilio entre los latinos, de Rioja y Calderon entre los españoles. «Pensar como Rioja y decir como Calderon» era su divisa poética, la fórmula en que cifraba la perfeccion del arte. ¡Cuántos sin duda, al leer estas líneas, recordarán con tristeza aquellos días de su juventud estudiosa, en que, como á mí, les era dado disfrutar del trato íntimo y familiar de su inolvidable maestro, y darian testimonio, si preciso fuera, de la verdad de estos pormenores!

«Lista es el hombre que ha ejercido mayor y mas saludable influjo sobre nuestra época en España: este es acaso su título mas glorioso. Como matemático, como publicista, como literato, tiene rivales que le disputan la palma: como hombre de prestigio y de influencia sobre sus contemporáneos, como autoridad, no los tiene. Bajo este concepto, sobre todo, creo que le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros días. Ella dirá la parte que corresponde á Lista en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él, y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto. Opuesto por temperamento y por conviccion á todo linaje de violencia y de intolerancia, lo mismo en literatura que en filosofía y en política, siempre enseñó á sus alumnos doctrinas ajustadas á una libertad racional, las mismas que brillan en todos sus escritos. En literatura, era tan contrario al rigorismo exclusivo de los preceptistas del siglo XVIII, como á la desenfrenada licencia de los modernos románticos franceses. Tolerante con todas las opiniones sensatas, liberal en política, solo era inexorable con la irreligion y la anarquía. En toda clase de materias, el orden era su ídolo. De aquí su pasion por las matemáticas, que él llamaba la *ciencia del orden*, y que en este concepto, valiéndose de un paralogismo ingenioso, asimilaba casi con la poesia, que es la ciencia de la belleza, la cual en último análisis no es mas que la armonía suprema; el orden por excelencia. No es dudoso que estas opiniones del maestro ejercieron una influencia decisiva en el ánimo dócil de sus jóvenes alumnos: á mi juicio, no tienen otro origen esas ideas de orden que por lo general hemos visto predominar en las cabezas de aquellos jóvenes, que ya son hombres, y de los cuales hay muchos que han ocupado y ocupan en el día los primeros puestos del Estado. Por eso creo que cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará muy en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido don Alberto Lista: un historiador sagaz verá en él, mas que un poeta excelente, un director de ideas. Por lo tocante á nuestra historia literaria, Lista será en ella lo que seria en la historia de las artes un hombre que uniese á los timbres del Peruggino los laureles de Rafael.

«Arrastrado por la corriente de nuestras revueltas públicas; precisado como todos los hombres notables de su tiempo, á tomar una parte activa en nuestras tristes luchas de partido; alistado por fin algunas veces, aunque siempre á su pesar, bajo las banderas de la política militante, Lista ha descendido al sepulcro, á la edad de setenta y tres años, sin contar un solo enemigo; ¡privilegio inaudito en este siglo de volubles pasiones y de largos cuanto injustos rencores! Esos rencores que no han respetado á otros nombres

igualmente insignes en virtud y en letras, y que todavía velan sobre las recientes sepulturas de algunos célebres varones, lumbreras de nuestra época, se ven desarmados ante el nombre tan puro y ante la sepultura veneranda de don Alberto Lista, protegidos uno y otra por el amor de toda una generacion agradecida. Lista no tenia ni podia tener enemigos, porque no sabia hacer daño, ni era capaz de aborrecer: alma sin hiel, ni aun en el duro ejercicio de la polémica periodística olvidaba un solo instante su mansedumbre nativa. Gustábanle empero las luchas de la dialéctica en todos los terrenos, pero solo como un noble ejercicio de la inteligencia: era fogoso y diestro en el ataque, pero nunca se valia mas que de armas corteses; nunca en las justas políticas á que mas de una vez le llevaron la conviccion y la necesidad, hizo uso de aquellas flechas mortales que llevan empapada en veneno la acerada punta. Lo mismo en las lides literarias que en las políticas, jamás mojó su pluma en el fango de las pasiones ruines. Digno y benévolo juntamente, sabia juzgar con severa rectitud, censurar sin acrimonia, aconsejar sin pedantismo dogmático, y sobre todo, elogiar con efusion. Sus alabanzas eran poderosos estímulos; estímulos eran tambien sus críticas, porque no humillaban, no desalentaban al que era objeto de ellas. A este arte tan difícil y por desgracia tan raro, pero que en él no era un estudio sino un efecto natural de su apacible condicion, debió el verse constantemente fuera de esas rencillas y de esos bandos en que con harta frecuencia suele estar dividido el que ya en los tiempos de Augusto denominaba Horacio *genus irritabile vatum*, raza por cierto no menos quisquillosa é iracunda en nuestros días que en los pasados. Todos los literatos célebres de su tiempo fueron sus amigos. El lloró con sinceras lágrimas la muerte de Melendez, de Cienfuegos, de Moratín, de Hermosilla, de Clemencin, de Reinoso, de Miñano, de Búrgos, como hoy le llorarian ellos á él si vivieran, como le lloran los pocos émulos y compañeros de sus glorias que todavía le sobreviven.

«Objeto preferente de entrañable cariño y de una especie de culto, fué para él toda su vida el sábio autor del *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria*, el dulcísimo cantor de la *Inocencia perdida*, don Félix José Reinoso, hombre eminente para quien no ha empezado todavía (¡tal es nuestra injusticia!) el juicio imparcial de la posteridad. Fué Reinoso su compañero de estudios; las mismas vicisitudes corrieron en sus mocedades y en sus viriles años; la misma holgada suerte les cupo en su ancianidad; solo que Lista, mas feliz todavía que Reinoso, ha cerrado sus ojos á la luz, como los patriarcas de la Biblia, *lleno de días*, honrado y querido en su modesta medianía, dorada por la mano de un Gobierno, justo apreciador del mérito. Sus despojos mortales descansan junto á las mismas hermosas márgenes del Guadalquivir que le vieron nacer. ¡Cuántas veces, al verse por fin de nuevo en aquellos sitios amados, despues de tantas borrascas, contemplaria con delicia el venerable anciano, en sus últimos años, realizado para él en parte aquel poético deseo que expresa en uno de sus más bellos romances! (1)

(1) ¡Feliz el que nunca ha visto
Mas rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Dó pequeño jugaba!

«Unióle también desde la juventud una estrechísima amistad, nunca alterada, con el doctor don Sebastian de Miñano, cuya celebridad como escritor satírico y consumado hablilla, adivinó años antes de que hubiese publicado escrito alguno, y aun la anunció positivamente en una carta dirigida al mismo desde Pamplona en junio de 1817 (1), que original guardo como un objeto precioso. Asociado con él y con el sábio helenista y seguro crítico don José Gomez Hermosilla, publicó desde agosto de 1820 hasta julio de 1822 los diez y siete tomos del *Censor*, uno de los periódicos mas importantes y mejor redactados que han existido en España. Entre los literatos de su tiempo, estos fueron, con los señores don Juan Nicasio Gallego, don Juan Goálberto Gonzalez y don José Blanco, luego pastor protestante en Inglaterra, y olvidado del país y hasta de la lengua de Cervantes, sus más íntimos amigos. Si se me preguntase ahora quiénes eran sus discípulos predilectos, no sabría en verdad qué responder: solo diría que muchas veces le oí recordar con entusiasmo y con cierta especie de legítimo orgullo al malogrado Espronceda, á don Felipe Pardo, ya hace años establecido en el Perú, su patria, y á don Ventura de la Vega, á quien en punto á gala y pureza en la dición, ponía encima de todos sus jóvenes compañeros y al nivel de nuestros antiguos clásicos.....»

LIX.

Pero sin detenerme más en el terreno de lo que he llamado los *recuerdos literarios*, bien puedo sin salirme del marco que me he trazado en estos apuntes, decir algo de lo que se me alcanza sobre nuestra literatura contemporánea, y señaladamente sobre nuestra poesía. Peca hoy esta, en mi pobre sentir, del mismo vicio que más ó menos la ha deslucido en todos tiempos,—esto es, de hinchazón y palabrería. En España nos pagamos mucho generalmente de las formas literarias, y muy poco del fondo de las ideas; con tal de que los versos suenen bien, poco se nos importa que expresen bien ó mal los pensamientos ó que no los expresen ni bien ni mal: es decir, que no haya tales pensamientos. Lo considero una desgracia, un verdadero defecto de nuestra organización. Algunos creen que esto es un primor, una perfección más que Dios nos ha dispensado; y de paso diré que es muy comun entre nosotros jactarnos de cosas que en vez de orgullo deberian mas bien, me parece, inspirarnos una saludable humildad, principio de la enmienda. Por eso y solo por eso se perpetúan entre nosotros tantas cosas malas; ¿no han de perpetuarse si todos ó los más damos en la flor de decir que son muy buenas, por mas que sean evidentemente detestables? Citaré un ejemplo, entre mil: la diversion nacional de los toros. ¿Qué persona de mediano juicio negará que esa es una diversion completamente bárbara, repugnante y hasta monótona por demás, cuando no es feroz? Pues todavía hay gentes en España que creen ó á lo menos dicen que nos hace mucho honor, por cuanto prueba que somos muy valientes, como cantaba en magníficos versos, pero llenos de desatinos, Moratin el padre en su célebre oda al torero Pedro Romero:

(1) En esta carta, interesante por muchos conceptos, dice que por entonces se ocupaba en escribir una tragedia con el título de *Galileo*: es la única noticia que tengo de ella.

.....«¿Cuál rey que ciñe áurea corona
Entre hijos de Belona
Podrá mandar á sus vasallos fiero,
Como el dueño feliz de las Españas,
Hacer tales hazañas?....»

Esas hazañas son plantar un par de banderillas ó estoquear á un toro!... Dígaseme si no es extraviar deliberadamente la opinión del vulgo hacerle creer, en prosa ó verso, que no hay en el mundo valor comparable al de los toreros. Y aquí vuelvo á mi tema de la poesía hinchada y palabarrera. Ese despropósito de Moratin, dicho en prosa, hubiera tal vez sublevado á sus lectores; dicho en verso, los entusiasmó en su tiempo, y aun hoy todavía la composición á Pedro Romero pasa por una obra maestra;—y lo es realmente bajo cierto punto de vista, esto es, si se atiende solo á la lozanía de las formas. Fuera de las poesías de fray Luis de Leon, Rioja y el bachiller Francisco de la Torre, pocas son en nuestro Parnaso las que no adolecen de los mismos vicios de pensamiento, sin igualarlas en el nervio y elegancia de la dición. Hablo solo de nuestra lírica: en cuanto á nuestros romanceros y á nuestra poesía dramática, convengo en que encierran joyas de inestimable valor, legítimo orgullo de nuestra nación que pueden envidiarnos todas.

LX.

He dicho que en general, tratándose de poesía (y ahora añadiré de *elocuencia* y de *todo*, en el terreno literario), nos pagamos mucho del ruido y poco de la sustancia. Lo creo evidente; se lo he oído decir, en el seno de la confianza, á muchísimos españoles tan amantes de su país como yo, que lo soy mucho; mas por si esto pareciere á algunos crítica injusta, quiero aducir una prueba, que juzgo decisiva. Siento que recaiga en un amigo, pero *amicus Plato*, etc.; esta prueba además dará la medida de la verdad con que he dicho muchas veces (lo observo todos los días), que en España solemos tener una manera de discurrir contraria á lo que en todas partes se llama y son las leyes del buen sentido. Mi ejemplo va á ser el popular poeta Zorrilla. Nadie sospechará de mí, conociéndome, que intento deprimir en lo más mínimo la gloria legítima de este antiguo amigo, cuyas altas dotes de ingenio he elogiado tantas veces de palabra y por escrito; mas á todo evento, no será mia la parte de crítica que aquí le toque; mia será solo la alabanza. Voy al caso. Todos los que están algo al corriente de nuestra moderna historia literaria, saben que la gran fama poética de Zorrilla *brotó*, digámoslo así, en un instante, sobre la sepultura recién abierta del malogrado Larra (uno de los más profundos *pensadores*, como hoy se dice, que ha producido en estos tiempos nuestra nación). El mismo Zorrilla lo ha dicho en dos versos célebres que nunca puedo leer sin dolor, porque son muy crueles, ó mas bien, muy injustos.

«Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de...»

Ahora bien; lo que muy pocos saben, lo que casi todos ignoran mas bien, es que cuando Zorrilla improvisó en el

cementerio de la Puerta de Fuencarral, sobre la huesa de Larra, aquella composicion famosa que toda nuestra juventud sabe de memoria, que el señor Pastor Diaz elevó á las nubes en el prólogo á las poesías de aquel autor, y que en suma, fué la que le sacó súbitamente de la oscuridad mas completa para levantarle á una celebridad que no ha alcanzado ninguno de sus contemporáneos, Zorrilla habia escrito y publicado ya un gran número de composiciones, no diré superiores á aquella, porque esto seria no decir nada, siendo aquella composicion una *cosa...* de que luego hablaré; pero sí verdaderamente muy bellas y muy dignas de la celebridad que luego obtuvo, *mas no por ellas*, como ya he dicho. En el *Artista* están: allí puede buscarlas el curioso lector: para mi propósito basta consignar que siendo á la sazón aquel periódico literario el más leído y celebrado en España, nadie ó casi nadie reparó en las poesías de Zorrilla, flores delicadas y fragantes de su primera juventud, sobre las cuales vanamente procurábamos llamar la atención unos cuantos admiradores de aquel genio poético todavía ignorado. Fué preciso que escribiese la composicion *A la memoria desgraciada del joven literato don Mariano J. de Larra*, para que el público reparase en él y le aclamase gran poeta!...

Ahora bien, vuelvo á decir: para saber lo que es aquella composicion, no hay mas que leerla con un poco de criterio. En seguida, toda crítica, todo análisis es inútil. Lo que queda en el ánimo despues de esa lectura, es una inexplicable mezcla de sorpresa y de desaliento al considerar que tales versos hayan podido dar tanta fama; á esos afectos se añade un poco de ira cuando se considera tambien que composiciones muy bellas del mismo autor no habian logrado en muchos meses despertar el menor eco en Madrid! Por ventura, Zorrilla que ya habia escrito mucho y publicado bastante, cuyas composiciones manuscritas corrían de mano en mano por el *Parnasillo* de la calle del Príncipe, desde antes que viniera á Madrid (varias suyas leí yo allí, muy hermosas por cierto), ¿no empezó á tener talento hasta que murió Larra? ¿ó fué acaso tan sobresaliente lo que improvisó con la triste ocasion de aquella muerte que pudiese eclipsar todas sus anteriores inspiraciones?....

No seré yo quien analice aquella composicion: analizada está magistralmente en un libro español que me encontré en París hace poco, publicado allí en 1854 por el señor Villergas, libro en que por cierto me maltrata cruelmente, atribuyéndome por equivocacion sin duda pecados literarios que no he cometido (Dios se lo perdone como se lo perdono yo!) Esta circunstancia, sin embargo, no me hará desconocer ni el raro ingenio, frecuentemente mal empleado, del señor Villergas, ni el mérito grande de la mayor parte de las apreciaciones que contiene su libro, cuyo título es *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*. Tampoco tengo para qué repetir aquí los reparos justísimos que pone el señor Villergas á la composicion de que se trata; pero necesito decir, para justificar mi asombro de que el público de 1837 se entusiasmase con aquellos versos, que en sentir del referido crítico y en el mio, la poesía, la moral y hasta la gramática salen de ellos igualmente lastimadas.

LXI.

Bien sabe Dios que no hubiera tocado este punto si no necesitase demostrar palpablemente, aun á los mas recalitrantes, una de las cosas á que yo doy mas importancia, en mi ardiente deseo del bien;—á saber, que en España es muy comun discurrir en abierta oposicion con las leyes del buen sentido. Contrario al buen sentido me parece celebrar disparates, entre los cuales no es flojo el de poner en duda la *otra vida*, como se hace en una de aquellas estrofas. Disculpan esta ligereza la corta edad y la *emocion* del poeta; pero que la aplaudiese un público cristiano, es cosa que no tiene culpa ni explicacion racional. Contrario me parece tambien al buen sentido no caer en la cuenta de que lo bueno *es bueno* (hablo de los primeros versos del Sr. Zorrilla). Para que resaltase mejor esta idea, he necesitado poner un ejemplo insigne: por eso he elegido á aquel poeta. ¿Necesito añadir que en verso y prosa podria aqui aglomerar innumerables ejemplos de infracciones manifiestas de las leyes del buen sentido, sacadas de composiciones antiguas y modernas, sobre todo modernas, que el público acepta como cosa corriente? Los versos que cité mas arriba:

«Tu flotante cabellera,
Esparcida por el viento,
.....
De tu gloria venidera
Simbólico monumento...»

que son de un hombre de grande ingenio y que gustaron mucho en su tiempo, ¿dicen algo por ventura? ¿No son un sonoro despropósito, un armonioso desatino?....

De intento me cifo aquí á ejemplos literarios; ocasion vendrá en que los saque de otros órdenes de ideas. En filosofía, en administracion, en política, en todo, no se dispara menos, ni con menos aplauso entre nosotros que en literatura, y sin embargo, es un hecho que vamos progresando, y no hácia atrás, como opinan algunos..... Yo creo que adelantamos en efecto, pero que en vez de ir constantemente hácia adelante, vamos haciendo eses, y que en muchas cosas, sobre todo en el arte de discurrir, nos echamos por andurriales y derrumbaderos que el diablo que nos siga... Pero vuelvo á mi pacífico terreno literario.

Cuando Zorrilla dice en una descripcion de Toledo:

«Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo imbécil, que vegeta al pié.»

dice una cosa que solo en España es posible decir con formalidad, porque en cualquier parte se sublevarian por ello hasta las piedras. Por supuesto que aun entre nosotros, solo en verso es lícito desbarrar así y de cualquier otra manera; dicho en prosa, eso nos pareceria á todos una atrocidad, como me lo parece á mí, aunque esté en verso retumbante. ¿Por qué razon es *imbécil* el pueblo de Toledo? En otra ocasion le llama *inválido*, (1) como hubiera podido llamarle *atlántico*, ó *númida*, ó *pérsico*, segun le hubiera venido

(1) «A quien un pueblo inválido rodea.»

bien para la cadencia, seguro de que sus lectores, por regla general, habían de prescindir completamente del significado de las palabras, atentos solo al sonsoneto. Lo repito: esto me parece una desgracia de nuestra organización: y añado que es peculiar de nuestro país, porque no lo he visto ni veo que exista en parte alguna, salvo en algunos pueblos orientales, donde dicen que sucede lo mismo, aunque yo no lo creo. Esto explica la prodigiosa cantidad de composiciones absolutamente vacías de sentido, que infestan nuestro Parnaso antiguo y moderno: y sin embargo, todavía hay muchos que se extasían con ellas, repitiendo que esa es la verdadera poesía. En vano se les arguye que sometan esas composiciones sonoras y vacías á la prueba decisiva de traducirlas á otra lengua, ó de reducirlas á prosa, y verán lo que les queda de ellas: á esto contestan que así debe ser. Tendrán razón; pero yo digo que no doy un maravedí por la poesía que no dice nada.

LXII.

Nuestra lengua, tal cual hoy se habla, armoniosa y rica sin duda, (aunque rica de mala manera, á mi modo de ver, esto es, rica de muchas cosas que no la hacen falta, y escasa de otras que la vendrían muy bien:) nuestra lengua, digo, rebelde como una yegua indómita á los esfuerzos del que quiere amoldarla al severo y positivo lenguaje de las ciencias exactas y de la filosofía, se doblega con pérdida docilidad á las pueriles combinaciones del ritmo, de donde nace esa plaga de versificadores que hemos tenido en todo tiempo y tenemos todavía. Esto unido á la cucaña de que no es necesario expresar ideas cuando se escribe en verso, convierte en poeta á todo coplero. Lo mismo enjaretan algunos octavas, quintillas, décimas y cuartetos que si ensartaran cuentas de vidrio: ¡así sale ello! Claro está que la culpa no es de la lengua, supuesto que en ella escriben los verdaderos poetas bellísimas composiciones; pero convengamos en que ella se hace algo cómplice de la esterilidad intelectual de muchos versificadores, no menos que de la fatal tolerancia del público.....

LXIII.

Entiendo por mala riqueza de nuestra lengua la superabundancia de voces que tenemos para expresar una misma idea, sobre todo cuando esta idea es algo trivial, al paso que con frecuencia nos escasean para expresar otras, útiles ó elevadas. Sucede en esto una cosa parecida á la que se observa en punto á los consonantes: nuestra lengua es riquísima de ellos; pero entiendo que lo es de mala manera, ó, en otros términos, que esa riqueza está mal distribuida, pues al paso que tenemos innumerables rimas en *ido* y en *ado*, por ejemplo, nos escasean de una manera lastimosa en una multitud de desinencias menos vulgares, sin contar la infinidad de voces que no riman con ninguna otra y que por consiguiente hay que excluir de toda terminación de verso, que no sea blanco. De aquí resulta que en viendo que alguno termina con *templo*, ya nos empieza á zumbar en el oído el *ejemplo* ó el *contemplo* que vendrán infaliblemente poco después: si la rima es en *alma*, de seguro que no andan lejos la *calma* ó la *palma*. Si un verso acaba en *tumba*, primero faltará el sol que un *retumba* ó un valle de

Otumba al verso siguiente; lo cual á la larga produce un efecto sumamente desapacible. ¿Nos cegará el amor patrio hasta el punto de desconocer que esto es un mal? ¿No sería muy preferible que hubiese menos rimas en *ido*, en *ado*, en *ente*, etc. y algunas más en *adre*, verbi-gratia, para que siempre que un poeta nos hable en fin de verso de un *padre* ó de una *madre*, no tengamos la absoluta seguridad de que ha de haber en seguida algo que le *cuadre* ó no le *cuadre*?...

Lo mismo digo en punto á nuestra asombrosa riqueza de vocablos vulgares y chabacanos, y de esas innumerables gradaciones de la burla y el desprecio á que se prestan las terminaciones de los adjetivos en *illo*, *uelo*, *ico*, *aco*, etc., etc. ¿De qué sirve que podamos de cien maneras motejar á un hombre de pequeño, llamándole *chico*, *chiquito*, *chiquitín*, *chiquituelo*, *chiquirrituelo*, *hombrecillo*, *hominicaco*, *hominicuquillo* y así hasta la consumación de los siglos? Convengo en que esto podrá ser cómodo para escribir en el género festivo; pero para el elevado, no sirve de maldita de Dios la cosa. Tenemos todas esas maneras y otras cien de llamar á un hombre *pequeño*, y no tenemos más que una de llamarle *alto*, por manera que en este punto, toda nuestra riqueza lingüística se nos va en desperdizos. Tampoco veo gran ventaja en que tengamos lo menos diez términos para designar al *asno*, y otros tantos para nombrar al *cerdo* (con perdón de vds.), al paso que no solo nos andamos con pies de plomo en admitir las voces nuevas, que nos hacen falta para expresar ideas nuevas, sino que estamos dejando anticuarse lastimosamente una multitud de vocablos excelentes de los siglos XV y XVI, sin contar los muchos también que por una intempestiva malicia vamos excluyendo del lenguaje noble, por dárseles hoy un sentido torpe ó trivial que nunca tuvieron, ni deberían tener. En vez de ganar, nuestro idioma va perdiendo mucho, si no me engaño, no solo en copia de voces, sino en la elegancia y valentía de la frase. ¿Quién se atrevería á decir hoy con San Juan de la Cruz?—«Amas tú, señor mío, la discreción, amas el amor sobre todas las demás operaciones del ánimo; y así estas sentencias y máximas darán discreción al caminante, le alumbrarán en su camino y le proveerán de motivos de amor para su viaje. Apártese pues de aquí la retórica del mundo, quédense lejos la parlería y elocuencia seca de la humana sabiduría, flaca y engañosa, que nunca habéis aprobado. Hablemos palabras al corazón, bañadas en dulzor y amor, de que tú bien gustas.....»

Ni aun en el valiente lenguaje propio de la elocuencia mística, tesoro imponderable de nuestra literatura antigua, diría hoy nadie con el V. Maestro Juan de Avila: «Dios, ¡gracioso perdonador y piadosísimo levantador de nuestras caídas y velador nunca dormido!...» Escrita parece en una lengua distinta de la actual esta admirable pintura que hace de la muerte el Maestro Fernán Pérez de Oliva á principios del siglo XVI en su *Diálogo de la dignidad del hombre*:—«Luego viene la vejez dó en el hombre comienzan á hacerse los aparejos de la muerte. Entonces el calor se resfria, las fuerzas lo desamparan, los dientes se le caen como poco necesarios, la carne se le enjuga, y las otras cosas se van parando tales, cuales han de estar en la sepultura, hasta que el fin viene volando con alas á quitarle de sus dulces miserias; y aun allí en la despedida lo afligen nuevos males y tormentos. Allí vienen los dolores crueles, allí turbaciones; allí le vienen sospiros

«con que mira la lumbre del cielo, que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes y otras cosas que amaba, acordándose del eterno apartamiento que de ellas ha de tener, hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables, en que el alma los deja retraída á despedirse del seso y del corazón, y las otras partes principales dó en secreto solía ella tomar sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida, estremeciendo el cuerpo y á veces poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, dó se representan las crudas agonías en que dentro anda entre el amor de la vida y el temor del infierno, hasta que la muerte con su cruel mano la desase de las entrañas. Así fenecer el miserable hombre.»

Cuando uno lee á Santa Teresa de Jesús comprende con cuánta razón decía el gran emperador Carlos V, según cuentan, que el *inglés* es bueno para hablar con los pájaros, el *alemán* con los caballos, el *francés* con los hombres, el *italiano* con las mugeres y el *español* con Dios. Por lo que respecta á nuestra lengua, así era en su tiempo: de seguro no lo diría hoy.

Hoy aquellos escritores elegantísimos que he citado, y don Diego Hurtado de Mendoza, los dos Luises, el P. Mallon de Chaide, Antonio Perez, Mariana, el mismo Cervantes pasarían por *afectados*, y sin embargo en sus escritos inmortales, es en donde brilla nuestra lengua con todas sus hermosas dotes de vigor y flexibilidad al mismo tiempo, de claridad y lozanía. Hoy á fuerza de empeñarnos en depurarla, la hemos enervado por una parte y empobrecido por otra, dejándole solo su robustez y riqueza antiguas para lo picaresco y lo vulgar. Así se advierte en ella, por ejemplo, una desproporción marcada entre el número de voces que tenemos para el vituperio y las de que podemos disponer para la alabanza, como ya he indicado con un ejemplo: por regla general, tenemos incomparablemente mas recursos para expresar ideas bajas, que para expresar ideas nobles, conceptos graciosos y delicados, sencillos y poéticos al mismo tiempo. En esto se me figura que el francés, el inglés y más aun el italiano nos aventajan mucho hoy, así como en punto á locuciones picarescas y donaires de escalera abajo somos prodigiosamente ricos,—¡riqueza funesta! Funesta la llamo, porque me parece que destiñe un poco sobre nuestras ideas, imprimiendo en ellas, lo mismo que en el lenguaje comun, cierto sello de vulgaridad, nacido acaso de los términos vulgares tambien que con tentadora profusión nos ofrece el idioma. Así se explica, por ejemplo, que sean tan feos y tan chabacanos la mayor parte de los nombres con que están señaladas las calles de Madrid,—la calle del *Perro*, la del *Gato*, la de la *Sarten*, la del *Candil*, la de *Carretas*, la del *Carbon*, la del *Burro*, y por este estilo otras cien; así que sean tan antipoéticos y á veces tan súcios los nombres de casi todas las fuentes en la mayor parte de nuestros pueblos:—la fuente de la *Teja*, la del *Piojo*, la del *Berro*.... De aquí tambien esos grotescos nombres populares de muchas plantas, de muchas aves, de muchos pueblos, y tantos apodosos ignominiosos como se oyen en nuestros barrios bajos y en nuestros lugares..... Pero basta sobre esto: el discreto lector suplirá lo que aquí no puedo decir....

LXIV.

Otro mal grave veo, no diré en nuestra lengua, que de ello como de otras mil cosas no tiene la culpa, sino en el uso indiscreto que hacemos de ciertos preceptos retóricos, buenos en el fondo, pero exagerados en la práctica, me parece, hasta por nuestros mejores hablistas modernos: hablo de esa severa é intolerante división que hemos establecido entre lo que se llama voces *nobles* y voces *bajas*, en virtud de la cual hay que excluir desapiadadamente de todo escrito sério, sobre todo en verso, una infinidad de vocablos, que no sé por qué se han de calificar de bajos, y que sin embargo pasan por tales. Recuerdo que el mismo Lista, y eso que en esto, como en todo lo tocante á libertad literaria, era de los mas despreocupados, contaba como uno de sus mayores triunfos poéticos el haber acertado á describir en verso la operación de *echar yescas* sin nombrar la *yesca*, ni la *chispa*, ni el *eslabon*, y que casi le parecía una temeridad haber nombrado el *pedernal*, en esta bella estrofa, feliz imitación de Virgilio, en el libro 1.º de la *Eneida*:

«Así del vivo sol destello puro
En *tímida centella* transformado,
Entre sus densas láminas trabado
Encierra el pedernal inerte y duro.
Mas si activo el *acero*
Fuerza á mostrarse la encubierta llama,
Con ímpetu ligero,
Sobre el *pábulo breve* se derrama,
Y crece, y es hoguera,
Y al Alpe y á Pirene consumiera.»

No sé qué ventaja lleva el *pábulo breve* á la *yesca*, ni en qué se diferencia el *acero* del *eslabon* en este caso, salvo en expresar la misma idea con ménos claridad. En cuanto á la *tímida centella*, en lugar de *chispa*, es seguramente una belleza poética; pero obsérvese que el mismo Virgilio, tan severo y tan puro, no titubeó en decir: *Silici scintillam excedit Achates*.

Tal cual le han constituido nuestros rígidos preceptistas, lo que llamamos el *lenguaje poético* me parece que puede compararse á una grande y poderosa princesa, muy hermosa además, que se nos presentase siempre sentada en un soberbio trono, vestida de ricas telas y cubierta de diamantes:—estaría muy vistosa sin duda, nos inspiraría gran respeto, pero nada nos diría al corazón. Nos conmoviera muy poco y nos interesaría ménos, porque la consideraríamos á demasiada altura sobre nosotros. Una bella dama de nuestra clase, vestida con decorosa elegancia y que pensase y se expresase como nosotros, ¿no es verdad que nos hablaría mucho más al alma? Algo va desapareciendo este antiguo abuso nobiliario de nuestra poesía, con la imitación cada vez más general de los modernos poetas ingleses y franceses (Byron, Moore, Lamartine, Victor Hugo, Beranger),—y merced tambien á la invasión del romanticismo, que algo bueno había de traer, como lo traen al fin todas las revoluciones, entre algunos males pasajeros; pero aun queda bastante que hacer. Por lo demás, casi parece excusado añadir que en todos tiempos nuestros grandes

ingenios han solido saltar por cima de las preocupaciones admitidas en ese como en otros muchos puntos; solo que su ejemplo, en vez de considerarse como digno de imitacion, se nos ha presentado siempre en las escuelas como una heregía. Cuando fray Luis de Leon, en su paráfrasis del salmo *Benedic anima mea*, exclama:

«.....Tú nos das la noche oscura
En que salen las fibras;
El tigre, que *racion* con hambre dura
Te pide....»

esa palabra *racion*, tan expresiva, tan propia, tan *biblica*, permítaseme la expresion, esa palabra que para mí, en ese sitio, tiene un encanto indecible, no es *noble*! Un poeta nutrido de las máximas tradicionales en nuestra lírica se abstendría de usarla por baja,—porque recuerda la *racion* de los soldados y de los colegiales...

Cuando Calderon nos presenta *la cruz* bajo la magnífica imagen de

«El madero soberano,
Iris de paz, que se puso
Entre las iras del cielo
Y los deñitos del mundo!»

emplea una voz poco noble (madero); y sin embargo de que es la más propia, y de que la ha sancionado el uso constante de nuestros místicos, estoy seguro de que un preceptista rutinario la reprobaria por *baja*...

¿Quién duda que hay voces *bajas* en todas las lenguas, y por desgracia en la nuestra más que en otra alguna, veces que todo escritor delicado debe abstenerse de usar en los asuntos serios?... Y no solo lo son algunas por la idea *baja* ó torpe que expresan, sino por su sonido y á veces por motivos que no se explican fácilmente: es cuestion de gustos, en que no siempre es posible fijar reglas. El verbo francés *écraser* es hermoso y noble: sus equivalentes castellanos *aplastar* y *despachurrar*, que significan absolutamente lo mismo, son ignominiosos. ¿Por qué? porque suenan mal. Por la misma razon está bien que se diga en poesia un *águila*, y no se puede decir un *aguilucho*, que no es mas que el pollo del águila, al paso que un poeta francés no tendrá reparo en decir *aiglon*, que significa lo mismo. Pero decimos poéticamente la *podadera*, el *arado* (la agricultura es un arte *noble* en poesia), y no podemos decir el *escoplo*, el *tornillo*, aunque estas voces suenan bien. ¿Por qué? no lo sé. El buen gusto lo reprueba, con razon ó sin ella; mas dado que tenga razon, contra el uso comun de otros paises, y hecha la parte de esa gran delicadeza de oído que tenemos en general los españoles, superior, creo yo, á la de los demas pueblos, (á que se debe que nosotros solos en Europa seamos sensibles á la cadencia *asonante*, gran primor de nuestra métrica), todavia se me figura que sacrificamos demasiado á las exigencias de la eufonia, y que hacemos mal en excluir del lenguaje poético una multitud de voces, particularmente las que pertenecen al tecnicismo de las artes y oficios, las cuales, empleadas con discrecion (lo mismo que otras muchas tomadas de los actos usuales de la vida, de nuestras dotencias, de nuestras diversiones lícitas, etc.), entiendo que

darian mayor *interés* á nuestra poesia, acercándola algo más á las condiciones generales del lenguaje corriente y de lo que me atreveré á llamar la realidad ó la *verdad* de las cosas.

Temo que esta opinion alcance pocos prosélitos: temo tambien que me valga los dictados de *prosáico* y *afrancesado*, por parte de los que todavia repiten muy serios.—Los franceses *no tienen poesia*, se lo impide *su lengua*! Otros, más severos, añaden:—Lo propio les pasa á los *ingleses*;—pero nunca he oido hacer extensivo este anatema á los *alemanes*, cuya lengua es, sin embargo, más revesada que aquellas dos... ¿Por qué? ¡lógica nuestra! —como no sea por la razon que di páginas atrás....

LXV.

Los teatros de Madrid tienen sobre los de París y Londres la ventaja: 1.º de que son mas baratos; 2.º de que se está en ellos con mucha más comodidad; 3.º de que todos sus asientos están numerados, por manera que cada espectador puede contar con la seguridad de que nadie vendrá á quitarle ni aun á disputarle el que ha pagado en el despacho, cosa que no sucede en aquellos. En cambio se representa en los nuestros bastante mal, dan casi siempre pésimas traducciones del francés y suelen estar poco menos que desiertos. El personal de actores, cortísimo especialmente en punto á damas jóvenes, se renueva muy de tarde en tarde. Se oye demasiado al apuntador. Suele haber poquísima limpieza y á veces un hedor insoportable en los pasillos; pero lo peor de todo, porque es la causa de *todo* lo dicho, menos lo del mal olor, es que el público no asiste á ellos:—hablo de los teatros de verso. Creo tambien que su número es excesivo, para las verdaderas necesidades de Madrid, pueblo poco literario de suyo, y que el presupuesto del Estado debería acudir en auxilio de algunos de ellos, como sucede en todas partes, por evidéntísimas razones de conveniencia pública y hasta de decoro nacional, que no repetiré aquí porque estoy harto de haberlas especificado vanamente en innumerables folletines de la *España*, y porque además todo el mundo está de acuerdo en que así debería ser, pero nadie lo hace.—¿Cómo ha de sostener varios teatros de verso una poblacion que se renueva muy poco, y cuyo público por consiguiente es siempre el mismo, como sucede en Madrid? Así es que aun las mejores obras solo alcanzan á dar un corto número de representaciones, y que los infelices actores, so pena de representar en el vacío, tienen que variar á cada instante las funciones, sometiéndose á un trabajo impropio, superior á las fuerzas humanas. Resultado inevitable; que precisados á estudiar qué sé yo cuantos papeles nuevos en cada temporada, no saben ninguno bien: de aquí la necesidad de que tenga robustos pulmones el apuntador, plaga de nuestros teatros. Un actor de París se aprende un par de papeles, á lo sumo, cada año, y no necesita que nadie le apunte: aquel público, incesantemente renovado con extrangeros de todas naciones, asiste ochenta, cien noches seguidas á una funcion, por poco que valga. Otra calamidad para nuestros teatros, y señaladamente para el *Real*, centro de nuestra aristocracia, es la particular composicion del público de Madrid, una parte del cual, la menos numerosa sin duda, pero la que lleva la voz y da el tono, es tan culta y tan exigente como el público de París ó de Londres, porque